

Domingo IV de Cuaresma
Ciclo B



10 de marzo de 2024

2Cro 36, 14-16.19-23

Sal 136

Ef 2, 4-10

Jn 3, 14-21

P. Eduardo Suanzes, msps

En este diálogo que Jesús tiene con Nicodemo, ese fariseo inquieto buscador de la verdad, echa mano de un episodio que sucedió con el pueblo hebreo en el desierto 1300 años antes. El pueblo que estaba siendo atacado por una multitud de serpientes venenosas debía mirar una de bronce construida por Moisés; todo aquel que la mirase quedaba curado. **Tenían que fijar su mirada en el estandarte** (la serpiente) **que sería para ellos fuente de vida**. Los profetas posteriores se empeñaron en indicar que eso era solo un signo de salvación; la serpiente no salvaba, era Dios mismo quien lo hacía. Si nos fijamos bien, lo que eleva Moisés sobre el palo es la causa de la muerte de los israelitas: la serpiente. Al mirarla, pues, Dios les concedía la vida, no la serpiente.

Si ahora miramos, nunca más apropiadamente dicho, lo que hoy nos dice Jesús: *«Así como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser levantado el Hijo del hombre, para que todo el que crea en él tenga vida eterna»*. Nos damos cuenta que en la cruz está simbolizada la serpiente, el pecado destruido, porque **la serpiente de la muerte murió agotando todo su veneno en la carne del Crucificado**. La muerte queda destruida y es Jesús mismo quien nos da nueva vida. Basta con mirarle: *mirarán al que traspasaron* (Jn 19,37).

Y después nos dice la frase que hemos escuchado, que es como el resumen de toda la obra creadora de Dios y de su intervención para con nosotros:

...porque...

«Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo único para que todo el que crea en él no parezca, sino que tenga la vida eterna»

Esta es la locura, sorprendente, inaudita de la misericordia de Dios. Dios se vacía de sí mismo (por decirlo así) y se entrega sorprendente y totalmente al hombre en su Verbo hecho carne. Es como cuando se da la vuelta a un calcetín: es todo el calcetín el que se da la vuelta, no podemos dar la vuelta a parte del mismo, es todo el que se da la vuelta. Así pasa con Dios. Para intentar acercarnos mínimamente a este misterio tenemos que comprender que **«la medida de la grandeza de Dios es la de su abajamiento»**¹

Decía en 2017 el Papa Francisco: *«La misericordia de Dios es eterna; no termina, no se agota, no se rinde ante la cerrazón y no se cansa jamás»*². Esto significa que Dios

¹ CONCEPCIÓN CABRERA DE ARMIDA. *Cuenta de Conciencia*, 27,74-75; 19 de abril de 1907

² PAPA FRANCISCO, *Twitter*, 23 de abril de 2017

continuamente, y por toda la eternidad, se está dando la vuelta (en el sentido que decíamos arriba), se inclina hacia el hombre, se descentra de sí mismo para darse. Es como cuando la parábola del hijo pródigo. El centro de la parábola en la intención de Jesús es el padre, naturalmente: su desvivirse por los dos hijos (por los dos). Pero si se fijan lo que hace el padre es quitarse él mismo del centro para poner en el mismo primero al que se fue. Primero saliendo de la casa para otear el horizonte, volcándose sobre el mismo horizonte para encontrar al hijo de sus entrañas; luego, cuando lo encuentra no le deja ni hablar: “rápido denle una sandalias, póngale un anillo, denle la mejor de las túnicas y maten al mejor animal para que comience la fiesta..., porque este hijo mío estaba perdido y lo hemos hallado, estaba muerto y ha vuelto a la vida”. Lo mismo hace con el hijo mayor: el padre vuelve a salir de la fiesta suplicando para que el hijo orgulloso y envidioso entre en la misma: “hijo mío todo lo mío es tuyo, ven entra,...tu hermano...muerto...vida....”

A Dios lo que le interesa es que tengamos vida, su misma vida, que es eterna; es decir: que es plena, total, inagotable, inacabable, siempre nueva, siempre sorprendente, inabarcable, inmedible...porque esa Vida es él mismo. Es un mar sin riberas que ha querido ser feliz con la gota de agua que cae en el abismo del fondo de su ternura. Él, que es el mar infinito se alegra con la gota minúscula que cae en su interior. Y si para eso tiene que entregarse a sí mismo en su Hijo, lo hace. Porque bastaba para redimirnos un suspiro, una lágrima de amor y, sin embargo, ha querido darse totalmente a Sí mismo.

Así, todas nuestras tristezas, frustraciones, soledades; todos esos dolores íntimos que tenemos en el fondo de nuestra alma; todos nuestros amores, deseos y anhelos, todo lo que somos...todo lo que es esa gota de agua, cobra un nuevo significado cuando se deja caer en el mar infinito de la ternura; así como la gota se diluye, todo lo que somos se hace uno con el mismo océano; y el sol de la misericordia, al brillar sobre ella, la traspasa confundiéndola, transformándola, en el mismo océano. Como cuando pones un cerillo frente al sol: el cerillo sigue encendido, está ahí, pero es absorbido por la luz “infinita” del sol. O como cuando puedes ver el inmenso cielo estrellado reflejado, contenido, en una pequeña gota de rocío sobre una hoja. O cuando una vidriera transparente es bañada por los rayos del sol: cuando más trasparente es, menos se ve, y más deja penetrar la luz a través de ella.

Eso es lo que el sacerdote dice cuando está echando esas gotitas de agua en el cáliz durante el ofertorio: le estamos diciendo a Dios que queremos confundirnos en él como esa gota de agua se confundirán con el vino, haciéndose, convirtiéndose en el mismo vino. Eso es exactamente lo que significa ese signo.

¿Qué podemos hacer nosotros? Lo que debemos hacer es decidirnos por arrojarnos a ese mar inmenso de ternura. Y entonces se produce el sueño de Dios: que podemos amarlo y amarnos entre nosotros con Su mismo amor; que en su posesión, somos nosotros quien lo poseemos; y que se engendra en nosotros con la misma fecundidad del Padre, como en María. Esta es la vida a la que estamos llamados; por eso Dios que amó tanto al mundo, entregó a su propio hijo, para que todo el que crea en él tenga esta vida y no otra.